

Botella al mar

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Marcelo Elizalde



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 1989, RICARDO MARIÑO
© 1999, 2005, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4327-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: MARCELO ELIZALDE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

Botella al mar / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Marcelo Elizalde. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4327-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Elizalde, Marcelo, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Botella al mar

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Marcelo Elizalde

loqueleq

*Dedicado a los hermanos Ninja
cuyos secretísimos nombres
juré no dar a conocer.*

MI CASA

Dedico este texto al chico que fui y a todas las víctimas de las redacciones: "mi casa", "la vaca", "mi barrio" y otras que azotaron a mi generación.

MI familia y yo vivimos en una casa encantada. Está encantada de ser la casa más grande que se haya visto jamás. Pero para mí ello trae algunos inconvenientes:

La habitación de mi hermano Berto tiene ciento cincuenta metros de ancho.

La habitación de mi hermano Bertoldo tiene doscientos cincuenta metros.

La habitación de mi hermano Bertoldino tiene trescientos veinte metros.

Entre pieza y pieza hay dos baños de doscientos metros. El pasillo que une las habitaciones tiene veinticinco cuerdas de largo. Para ir a la cocina, por ejemplo, conviene esperar a que pase el colectivo que cada media hora va del patio (treinta cuerdas) hasta la puerta de calle.

71 AL BAÑO



Personalmente preferiría que papá no tuviera tanto dinero ni esa manía de comprar cosas gigantes.

En mi opinión, si la casa fuera de tamaño normal y mi padre no gustara de lo gigantesco, mi familia y yo nos ahorraríamos muchas caminatas y unos cuantos líos.

En oportunidades me ha ocurrido que después de caminar varias cuabras para ir a uno de los baños, éstos estaban ocupados por Berto, Bertoldo o Bertoldino.

Hablando de Bertoldino. Hace poco trajo varios amiguitos a casa a jugar a las escondidas. Para ese juego nuestra casa es especial, y todos nuestros compañeros de colegio la prefieren. Tanto se presta para ese juego, que esa vez se perdió uno de los amiguitos de Bertoldino. Y como después de tres días tampoco aparecía, mi padre tuvo que dar aviso a la policía y a los bomberos.

Vinieron varias dotaciones, con un total de quinientos hombres. Trabajaron un día entero, revisando toda la casa. Un equipo de buzos revisó el desagüe de la bañera (ciento cincuenta

metros de largo y treinta y cinco de profundidad), un helicóptero voló alrededor de los artefactos lumínicos, y una cuadrilla de exploradores se introdujo a través de los caños de las sillas del comedor.

Al fin, cuando ya se veía el desaliento en las caras de quienes buscaban, el chico fue encontrado. Mejor dicho, apareció solo. De pronto se escuchó una voz de niño que gritaba: “¡Pica! ¡Piedra libre! ¡Piedra libre para todos mis compañeros!”. Era el amiguito de Bertoldino, que había permanecido tres días escondido detrás de uno de los enormes ceniceros, arriba de la mesa de cincuenta metros que esa semana había comprado papá.

LA VUELTA AL MUNDO
DE CINTHIA SCOCH

Cinthia Scoch era una chica muy obediente. Un día, su madre la mandó a comprar un kilo de azúcar.

—Andá al almacén que está al Este —le indicó la señora de Scoch. En lugar de decir “a la izquierda” o “a la derecha”, como todo el mundo, la señora de Scoch prefería señalar las direcciones según los puntos cardinales (Este, Oeste, Norte, Sur) porque pensaba que de esa manera la niña podría aprender algo más.

A Cinthia le pareció que en realidad el almacén estaba al Oeste, pero para no contradecir a su madre salió caminando hacia el Este.

Oliendo el lindo aroma de los tilos de su barrio caminó una, dos, tres cuadradas, pero no encontró el almacén. Incluso, después de una

hora de andar, no llegó a cruzarse con ningún almacén, por lo que decidió seguir.

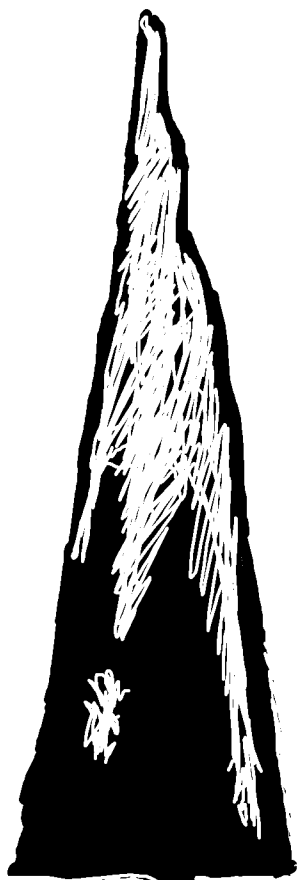
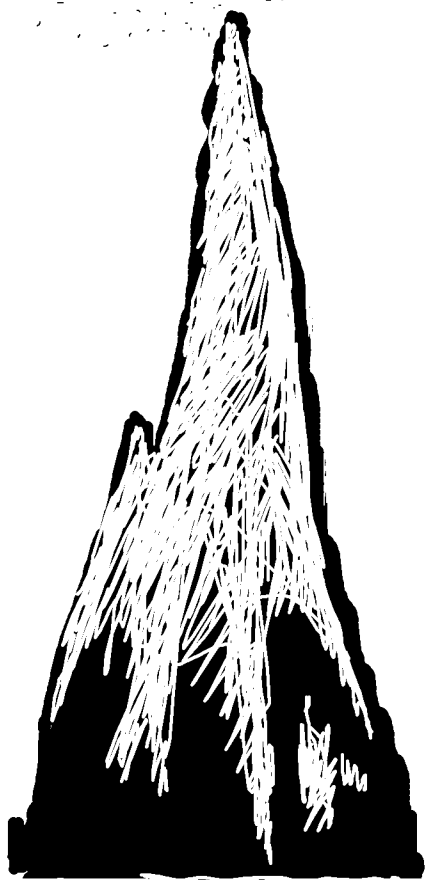
A las dos horas llegó al puerto de Buenos Aires. Por un momento dudó, pero enseguida optó por tomar un barco cuya ruta de navegación –según le informó el capitán– era hacia el Este.

El barco navegó y navegó, recaló una jornada en un puerto de Sudáfrica y siguió hacia Australia. Al fin Cinthia Scoch bajó a tierra.

Siguió caminando hacia el Este y atravesó Australia hasta llegar al otro lado del país. Toda esa distancia la recorrió diciéndose mentalmente la frase “quiero un kilo de sugar”, ya que escuchó que por allí la gente hablaba inglés. Lamentablemente no encontró el almacén buscado. Luego tomó otro barco que viajaba hacia el Este.

Llegó al puerto de Valparaíso, en Chile. Siguió caminando hacia el Este, sin dar con el almacén.

Atravesó la cordillera de los Andes. Llegó a Mendoza y, sin detenerse ni dejar de buscar el almacén, atravesó las provincias de San Luis y



Santa Fe y se internó en la provincia de Buenos Aires.

Llegó a la Capital Federal y, siempre caminando hacia el Este, finalmente se encontró en su barrio. Ya había dado una vuelta completa al mundo y otra vez olía el lindo aroma de los tilos de su barrio.

Una cuadra antes de su casa encontró el almacén. Su madre se había equivocado. En relación a su casa, el almacén estaba al Oeste.

Compró un kilo de azúcar.

Entró a su casa y le entregó el paquete a la señora de Scoch.

La madre de Cinthia tomó el paquete, lo abrió y volcó el contenido en un tarro grande en el que decía “azúcar”. En una pequeña azucarera blanca, de cerámica, puso otro poco.

—Hija —le dijo después a Cinthia—, ¡cuánto demoraste!